



Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 33 – 31 de julio de 2015

ESPECIAL

CAMBIO CLIMÁTICO

Escriben en este número

1. **Laudato si: contexto cultural y teológico de una Encíclica**, *Ángel David Martín Rubio*
2. **Lo que se espera de París**, *José Manuel Cansino*
3. **Laudato si: por la hermana nuestra madre tierra**, *Belén Navajas Josa*
4. **Ética y cosmética ecológica**, *Norberto Pico Sanabria*
5. **El ecologismo en su vertiente emocional**, *Juan-Ramón Sánchez Carballino*
6. **Hermano sol**, *Francisco Díaz de Otazu*
7. **Osadía**, *Emilio Álvarez Frías*
8. **Encíclica Laudato si**

Laudato si: contexto cultural y teológico de una Encíclica

Ángel David Martín Rubio

Doctor en humanidades y licenciado en Derecho Canónico

Con el término *encíclica* (es decir *carta circular*, del griego *egkyklios*) se designa, de forma bastante genérica, a un tipo de documento papal que no tiene un destinatario o destinatarios concretos sino que estos vienen designados de manera conjunta (por ejemplo, los patriarcas, primados, arzobispos, y obispos de la Iglesia Universal en comunión con la Sede Apostólica; por excepción, los arzobispos y obispos de un país particular). Por su contenido, las encíclicas están generalmente relacionadas con asuntos que afectan a la vida de la Iglesia en su conjunto.

Durante los últimos pontificados, las declaraciones más importantes de la Santa Sede se han publicado en forma de encíclica. En relación con la materia que nos ocupa, resulta muy relevante, el cuerpo

doctrinal dedicado por el papa León XIII (1878-1903) a cuestiones sociales como la autoridad civil, la constitución cristiana de los estados, la verdadera libertad o el trabajo. Las sucesivas efemérides conmemorativas de la *Rerum novarum* (1891) han servido de ocasión para que Papas posteriores se centraran en las relaciones socio-laborales aunque abordando también otros de los temas aludidos como hizo Juan Pablo II cien años más tarde en *Centesimus Annus*.

El pasado 18 de junio, el papa Francisco publicó la encíclica *Laudato si* (*Alabado seas*, palabras iniciales del texto tomadas del *Cántico de las Criaturas* de San Francisco de Asís) «sobre el cuidado de la casa común». El texto, de gran extensión, se divide en 6 capítulos cuya articulación lógica viene desarrollada en el número 15:

«[1] En primer lugar, haré un breve recorrido por distintos aspectos de la actual crisis ecológica, con el fin de asumir los mejores frutos de la investigación científica actualmente disponible, dejarnos interpelar por ella en profundidad y dar una base concreta al itinerario ético y espiritual como se indica a continuación.

[2] A partir de esa mirada, retomaré algunas razones que se desprenden de la tradición judío-cristiana, a fin de procurar una mayor coherencia en nuestro compromiso con el ambiente.

[3] Luego intentaré llegar a las raíces de la actual situación, de manera que no miremos sólo los síntomas sino también las causas más profundas.

[4] Así podremos proponer una ecología que, entre sus distintas dimensiones, incorpore el lugar peculiar del ser humano en este mundo y sus relaciones con la realidad que lo rodea.

[5] A la luz de esa reflexión quisiera avanzar en algunas líneas amplias de diálogo y de acción que involucren tanto a cada uno de nosotros como a la política internacional.

[6] Finalmente, puesto que estoy convencido de que todo cambio necesita motivaciones y un camino educativo, propondré algunas líneas de maduración humana inspiradas en el tesoro de la experiencia espiritual cristiana».

Solamente una lectura parcial del texto puede reducir el objeto de la Encíclica hasta el punto de considerarla una especie de “manifiesto ecologista” que viniera a inaugurar una nueva etapa en la historia de la Iglesia y de su Magisterio.

Aunque el argumento central gira, en efecto, en torno «al deterioro ambiental global» (nº 3), encontramos numerosas referencias a otras cuestiones como la denuncia de «los efectos laborales de algunas innovaciones tecnológicas, la exclusión social, la inequidad en la disponibilidad y el consumo de energía y de otros servicios, la fragmentación social, el crecimiento de la violencia y el surgimiento de nuevas formas de agresividad social, el narcotráfico y el consumo creciente de drogas entre los más jóvenes, la pérdida de identidad» (nº 46). Al tiempo que se recuerdan principios como «la subordinación de la propiedad privada al destino universal de los bienes y, por tanto, el derecho universal a su uso» (nº 93) y «la necesidad de una correcta concepción del trabajo» (nº 125). A este respecto interesa subrayar la nítida afirmación de que «tampoco es compatible la defensa de la naturaleza con la justificación del aborto» (nº 120).

Considerando estos argumentos en su conjunto, podemos afirmar con toda propiedad que *Laudato si* se incluye dentro de la línea argumental de las encíclicas de



los dos últimos siglos que han prestado atención preferente –inusitada en siglos anteriores– a las cuestiones de orden político, cultural, económico-social, etc., llegando a la formulación de una *Doctrina Social de la Iglesia*.

Más aún, la DSI es inseparable de la teología moral, y brota de formular los resultados de la reflexión sobre la vida del hombre en sociedad a la luz de la fe, orientando la conducta cristiana desde un ángulo práctico o pastoral, por lo que no puede desgajarse de la realidad que cada tiempo histórico señala. Ahora bien, el hecho de que un determinado tema –como puede ser el «ecologismo»– sea percibido como de gran actualidad, no dispensa de un discernimiento crítico. Y es que, más allá de una problemática real, se perciben determinados intereses que haciendo bandera de las cuestiones relacionadas con el medio ambiente obligan a afrontarlas desde presupuestos claramente ideologizados.

Así, la Encíclica acepta la hipótesis del calentamiento global y determinadas explicaciones de sus causas cuando otros científicos sostienen, por el contrario, que la Tierra se está enfriando, y dicho enfriamiento es debido a las variaciones en el ciclo solar no a la «causa humana» postulada por los ambientalistas y agentes del gobierno mundial al tiempo que se fomentan medidas anti-natalistas y se favorecen determinadas políticas energéticas. Especialmente desafortunadas resultan menciones como la que se hace a la *Carta de la tierra* (nº 207), manifiesto panteísta e instrumento de la reingeniería social anticristiana, –redactada para reemplazar a los 10 Mandamientos, según declaró uno de sus impulsores, Mikhail Gorbachov– como si fuera posible desprender a este documento de los elementos radicalmente incompatibles con la Fe Católica que lo inspiran.

En cambio, en claro disenso con la mentalidad dominante se encuentra la que estimamos como una de las aportaciones más relevantes del texto: la acertada crítica del antropocentrismo y del relativismo sobre los que se fundamenta la cultura moderna hasta el punto de terminar «*colocando la razón técnica sobre la realidad*» (nº 115-124).

«Entonces no podemos pensar que los proyectos políticos o la fuerza de la ley serán suficientes para evitar los comportamientos que afectan al ambiente, porque, cuando es la cultura la que se corrompe y ya no se reconoce alguna verdad objetiva o unos principios universalmente válidos, las leyes sólo se entenderán como imposiciones arbitrarias y como obstáculos a evitar» (nº 123).

Dejando a un lado este posicionamiento, la Encíclica ha encontrado favorable acogida entre sectores del modernismo eclesiástico y del izquierdismo político-cultural y han manifestado su perplejidad personalidades y organizaciones católicas así como representantes de las corrientes liberales. Otros analistas han subrayado la contradicción entre la condena (explícita, aunque discreta) de los que creen resolver los problemas ambientales mediante la eliminación de los pobres a través de la anticoncepción y la expansión del aborto y la presencia de algunos de los más destacados promotores de estas últimas políticas entre los que han elogiado y promocionado la Encíclica o han participado, de alguna manera, en su elaboración.

Todo ello nos sitúa ante la necesidad de delimitar los campos entre las afirmaciones que se derivan de los argumentos abordados desde el punto de vista científico y aquellas que se fundamentan a partir de los datos proporcionados por la Revelación. Y es que, más que analizar lo bueno o lo menos bueno de la visión ecológica sostenida por la Encíclica –no es ese el campo desde el que podemos alegar alguna competencia para este análisis– lo esencial del texto se encuentra en su perspectiva teológica y estimamos que aquí radica uno de sus puntos más débiles.

Ya desde las primeras páginas, a la hora de señalar los antecedentes que el tratamiento de la «problemática ecológica» encuentra en el previo magisterio pontificio, Francisco no se remonta más allá de Juan XXIII (nº 3-5). Al lector le queda la duda de si pretende subrayar la novedad del tema o su carácter exclusivamente posconciliar (al menos desde la perspectiva con que se aborda). Eso sí, el argumento tiene gran valor a la hora de cuestionar a los que acentúan las divergencias entre el magisterio del Papa argentino y el de sus inmediatos predecesores. No en vano, a lo largo de todo el texto, Francisco se asegura de evocar conceptos semejantes a los suyos vertidos por Pablo VI, Juan

Pablo II o Benedicto XVI.

Como no podía ser menos, se subrayan aquellas citas bíblicas que nos revelan a un Dios creador y providente así como las relaciones entre el hombre y la creación. Especialmente adquiere relevancia la referencia cristológica:

«El fin de la marcha del universo está en la plenitud de Dios, que ya ha sido alcanzada por Cristo resucitado, eje de la maduración universal. Así agregamos un argumento más para rechazar todo dominio despótico e irresponsable del ser humano sobre las demás criaturas. El fin último de las demás criaturas no somos nosotros. Pero todas avanzan, junto con nosotros y a través de nosotros, hacia el término común, que es Dios, en una plenitud trascendente donde Cristo resucitado abraza e ilumina todo. Porque el ser humano, dotado de inteligencia y de amor, y atraído por la plenitud de Cristo, está llamado a reconducir todas las criaturas a su Creador» (nº 83).

El texto, de indudable resonancia paulina, resulta especialmente problemático a la luz de la nota 53 que apostilla el párrafo en que se presenta a Cristo resucitado como «eje de la maduración universal» y en la que se anota como referencia interpretativa de todo lo anterior el pensamiento del jesuita Teilhard de Chardin, cuyos escritos no llegan a constituir un sistema teológico pero articulan una «grandiosa fantasía» «que si se toma en serio –y en serio puede tomarla el hombre moderno, destituido de una recta metafísica– resultaría una peligrosa gnosis teosófica» (en expresión del padre Menvielle).

En el fondo, y más allá de las formulaciones empleadas, el teilhardianismo de *Laudato si* radica en ser una reacción ante el reto que la ciencia contemporánea plantea a la Iglesia y en su voluntad de establecer un puente con el corazón del hombre moderno a partir de la idea de «ecología», de manera semejante a cómo el teólogo jesuita pretendió hacerlo a partir de la idea de evolución. Sin embargo, el problema capital de esta postura no reside en la adopción de una hipótesis científica, por muy discutible que sea. Proviene, sobre todo, del riesgo que supone implantar los postulados del ecologismo en un campo que no es el suyo, la teología, convirtiendo en problemas religiosos decisiones e iniciativas que, en una concepción correcta, pertenecen a la política.

Y es que, cuando la tierra nueva y los nuevos cielos no trascienden, sino que continúan la Creación y la perfección del mundo se convierte en su finalidad, se eclipsa el orden trascendente, la Iglesia se confunde con la organización del género humano y los fines terrenos pueden ser perseguidos con el carácter absoluto propio de los fines últimos.

En conclusión, la primera Encíclica del papa Francisco nos sitúa ante un texto complejo cuyas principales aportaciones radican en una acertada descripción de la situación de deterioro del medio ambiente que, en buena medida, se debe a una intervención humana basada en el más radical antropocentrismo relativista

En cambio, en las soluciones propuestas se echa en falta una perspectiva estrictamente religiosa más allá de terminologías, como la de «conversión ecológica» (retomada de Juan Pablo II, nº 216; cfr. Catequesis, 17 enero 2001). De hecho, la especificidad católica del texto se desdibuja en una constante referencia ecuménica que llega a su paroxismo cuando ofrece dos «oraciones» separadas: una



para los que creen en Dios, Uno y Trino, y otro para los que no creen. Francisco muestra su deseo de ver a todas las religiones, a todas las creencias, a todas las opiniones unidas y movilizadas para hacer frente al peligro ecológico.

Por último, las perspectivas teológicas de la Encíclica se sitúan en perfecta continuidad con las corrientes teillardianas propias de la *Nouvelle Théologie*, predominantes desde el Vaticano II, con amplias concesiones a la *Teología Popular*, de carácter más radical, es decir, a las formulaciones en que, finalmente, han desembocado las corrientes liberacionistas.

Lo que se espera de París

José Manuel Cansino

Doctor en Economía

No existe consenso científico unánime acerca del calentamiento global del Planeta provocado por la emisión de Gases de Efecto Invernadero (GEI) de origen antropogénico, pero tampoco lo hay acerca de la bondad de las vacunas o de otras muchas medidas que se aplican masivamente. Sin embargo, es indudable que el criterio del Panel Intergubernamental del Cambio Climático (IPCC) y el de otros científicos como Nicholas Stern se han impuesto sobre los demás e informa ahora la agenda de la mayor parte de los Gobiernos.

En este contexto, en el mes de diciembre próximo se darán cita en París la mayoría de países (desarrollados, emergentes y en desarrollo) para intentar alcanzar un acuerdo internacional que sustituya al Protocolo de Kioto (firmado en 1997 aunque con una posterior entrada en vigor). Este nuevo acuerdo debería ser obligatorio a partir del año 2020.

Aunque los principales países emisores de GEI están fuera del Protocolo de Kioto (China ya sobrepasó a EEUU hace años como principal emisor), en acuerdos internacionales posteriores a Kioto muchos países fueron asumiendo compromisos de mitigación en las emisiones de GEI de tipo voluntario y no sancionables en caso de incumplimiento. Así ocurrió en 2009 con la firma del Acuerdo de Copenhague suscrito por grandes emisores como la propia China, Brasil o Indonesia.

La denominada Cumbre de las Partes que se dará cita en París (COP21 en su acrónimo en inglés) deberá ventilar las cuestiones de 1) si el acuerdo es o no vinculante y sancionable para todas las partes; 2) si se repite el esquema de permitir a no pocos países mantener el estatus de «países no Anexo I», esto es, con compromisos voluntarios y cifrados pero no sancionables; y 3) si se apuesta por algún instrumento legal para todos o si se deja a los países decidir qué medidas desarrollar para alcanzar los objetivos nacionales.

Esta última cuestión no es precisamente menor pues hay una gran discusión ni resuelta ni con visos de resolverse acerca de si el mejor instrumento es el del mercado de permisos de contaminación (ETS en acrónimo inglés) o los impuestos sobre emisiones de carbono (del tipo «carbon tax»).



Si la diplomacia francesa no promueve algún tipo de acuerdo con sustancia y que trascienda una mera declaración bien intencionada pero imprecisa, probablemente haya que despedirse de un acuerdo internacional sobre esta materia que, por su propia naturaleza, concierne a todo el Planeta.

No obstante y con frecuencia, el debate en torno al cambio climático se caricaturiza hasta el punto de considerar a quienes lo asumen como personas de izquierdas y a quienes lo niegan, como de derechas. Simplificaciones ridículas no muy diferentes nos encontramos cuando se identifica a los partidarios de la energía nuclear como de derechas y a los defensores de las energías renovables no convencionales como personas de izquierda. En el trasfondo de esta simplificación se encuentra la capacidad que la izquierda ha tenido para incorporar al ecologismo en su discurso después de vaciarse del marxismo. Una sola mirada internacional basta para encontrar en los movimientos conservacionistas a unos grandes adalides en favor de la preservación del medio ambiente, así ocurre, por ejemplo, en Gran Bretaña con los defensores de la caza del zorro.

Incluso para quienes no aceptan el criterio de los científicos que aseguran que la temperatura del Planeta corre un serio riesgo de aumentar en 4 grados C por encima de la temperatura preindustrial (es la medida que actualmente cuantifica el riesgo de calentamiento global y posterior Cambio Climático), incluso para ellos resulta cortoplacista un planteamiento que no pase por acciones a favor de la preservación del medio ambiente.

Lo anterior no obsta para que haya que entender los argumentos de quienes consideran un lujo reducir sus tasas de crecimiento, necesarias para sacar a sus países de la pobreza, si es a costa de poner medidas que encarezcan los costes de muchas de sus industrias. De ahí la necesidad de mantener en el hipotético acuerdo de la COP21 en París mecanismos financieros de ayuda a estos países.

Un nuevo acuerdo internacional que respetando la soberanía de los países firmantes, incorpore medidas obligatorias (admítase que con diferentes intensidades) para la preservación del Medio Ambiente, sería un gran avance para los derechos de la persona.

Laudato si... por la hermana nuestra madre tierra

Belén Navajas Josa

Doctora en Antropología de América

Llego a la oficina una mañana cualquiera del mes de junio. Son las 9 y el aire acondicionado funciona a toda potencia. Lo apago y abro la ventana de par en par para que entre el fresco de la mañana. Algunos compañeros me miran arqueando las cejas, pensando: «Lo ha vuelto a hacer». Esta escena se repite cada mañana. Y así lo seguiré haciendo, aunque piensen que soy rara. Y ahora que tengo al Papa – ni más ni menos– de mi parte, sé que la razón me acompaña. Ahora que nos ha llamado a un consumo responsable, seguiré haciéndolo. *Laudato si* nos recuerda que Dios puso la Creación en manos del cuidado del hombre, desde el primer momento. Que la Tierra es de todos los que vivimos en ella y nuestra es la responsabilidad de preservarla. Igual que cuidamos nuestra casa, debemos cuidar la casa común. Sin embargo, algo que debería ser tan sencillo de entender, por algún extraño motivo no lo es y nos empeñamos en forzar la naturaleza.

En esta nueva encíclica, el papa Francisco nos llama a plantearnos un estilo de vida marcado por la sobriedad, no por el consumismo. A todos, creyentes y no creyentes. Llama a los gobiernos y a las empresas, y a cada uno de nosotros. Porque todos compartimos casa. Nos llama al consumo responsable, que podemos aplicar en nuestra vida cotidiana. Pequeños gestos como el uso responsable de la luz, el agua, la calefacción, el aire acondicionado, el papel, la comida. Muchas gotas forman un océano. De todos es conocido el dato terrible sobre las toneladas de alimentos que Occidente desperdicia cada año, frente a los millones de personas que pasan hambre. Un gesto como disfrutar del aire fresco de la mañana, en vez del aire enlatado –aparte de ser mucho más saludable– multiplicado por mil, supone un ahorro significativo de energía. No se trata de una cuestión de ecología mal entendida, sino de justicia social. De interiorizar nuestra responsabilidad y dar un sentido a nuestras

acciones y, en definitiva, un sentido a nuestras vidas.

Esta falta de responsabilidad no es nueva. Ya San Pablo, hace 2.000 años, se dirige en su segunda Carta a los habitantes de la próspera ciudad de Corinto para que consuman con moderación y compartan con hermanos de otras ciudades necesitadas. Quizás ya era tiempo de que nos lo volvieran a recordar.

Sin entrar en el debate del cambio climático –porque hay opiniones científicas para todos los gustos– me viene a la mente el caso de Al Gore, el que fuera vicepresidente de los Estados Unidos, que se ha lucrado impartiendo conferencias de dudosa veracidad. Los cambios climáticos no son algo nuevo. Parece que pudo ser la causa de la extinción de los dinosaurios, del colapso de la cultura clásica maya o de la desaparición de los indios hohokam, por citar algunos ejemplos. Tampoco es nueva la interpelación al cuidado de la Tierra. Las poblaciones del continente americano, de norte a sur, ya recogían en su sistema de creencias el amor a la tierra. Desde la *Pachamama* de los incas a los rituales de los indios de las praderas.



Por último, el Papa nos recuerda la importancia del descanso del domingo. Hemos caído en un activismo sinsentido, olvidando que es necesario disponer de tiempo para uno mismo, para meditar, para alcanzar la paz interior. La Grecia clásica fue la primera civilización en tener ocio, puesto que su cultura no giraba en torno a la guerra o la supervivencia. Aquellos griegos encontraron tiempo para pensar, para la observación. Y así nació la Filosofía, uno de los grandes inventos de la humanidad. Sin la filosofía griega, sin sus grandes pensadores, el mundo habría sido diferente. Imaginemos lo que habríamos perdido si Sócrates, Platón o Aristóteles no hubieran tenido ese tiempo para meditar. Casualmente, mientras escribo estas líneas, se anuncia como inminente la salida de Grecia del euro. Y, casualmente, fue un griego –Heródoto, considerado como el padre de la Historia– quien empleó por primera vez el término *Europa*.

Creo que el mensaje de *Laudato si* se podría resumir como una llamada a aprender a vivir con menos y a compartir, pero no porque sí o como una nueva moda, sino dando un sentido profundo a nuestra vida basado en el amor a la creación y a sus criaturas, como predicaba San Francisco. El amor... al final, siempre es el amor.

Ética y cosmética ecológica

Norberto Pico Sanabria

FE de las JONS

De entre las múltiples banalidades, humoradas y sentimentalismos difundidos por las redes sociales –medio propicio– me viene a la memoria uno no exento de razón. Se trata de un texto que, acompañado de la foto de unos niños africanos bebiendo de un charco un agua en apariencia insalubre, reza así: «El ser humano no tiene dinero para abastecer de agua zonas áridas pero si tiene dinero para buscar agua en Marte».

Creo que retrata muy bien la contradicción en la que los hombres y las mujeres de hoy –permítaseme la concesión al lenguaje progresista– vivimos nuestra relación con los demás y con la naturaleza, alterando el orden natural de las cosas, priorizando en sentido inverso a lo que dicta el sano juicio, destruyendo aquello que decimos amar y amando aquello que acabará por destruirnos.

Fijémonos por ejemplo en aquellas parejas de jóvenes urbanitas que, rehuendo el compromiso que implica la descendencia, encuentran un sucedáneo de amor paterno-filial en el perro. Un perro que condiciona sus vidas, sus horarios, sus vacaciones y que les procura no pocos gastos, aceptando frente al can un compromiso bastante parecido a aquel del que tratan de huir no teniendo hijos. El caso es que dicen profesar un amor por el perro que casa mal con la vida que le proporcionan. Un presidio de 40 o 50 metros cuadrados, los que mide el piso en el que habitan. Soledad durante 10 o 15 horas diarias, malamente compensada por uno o dos paseos de 15 minutos atado con una cuerda del cuello por el asfalto de la ciudad. La amputación por criterios estéticos de orejas y rabo, y la castración para evitar la llegada de cachorros. ¿De verdad sienten amor por el animal? ¿No será que lo poseen con un sentido utilitarista, para que los dé compañía y ahuyente a posibles intrusos? ¿Tenemos derecho los hombres a dominar a los animales y a utilizarlos en beneficio propio, para el trabajo o para el ocio?

Yo creo que sí, aunque la corrección política ecológica pueda condenarme por mi aserto. Inconscientemente, aunque declaren lo contrario, aquellos que tienen a sus mascotas en las condiciones descritas también lo creen. Como se ha creído siempre desde que el hombre es hombre –y el animal,

animal– aunque se afirme lo contrario porque la modernidad haya impuesto la creencia en una especie de igualitarismo entre las personas y los animales. Un error filosófico de partida que inhabilita no pocos nobles argumentos en defensa de los animales y la naturaleza, y que explica muchas veces actitudes incomprensibles. Como la del aventurero televisivo, amante de los animales, que no tiene reparo en contratar por salarios miserables a un grupo de porteadores y hacerlos caminar dos días por la jungla, cargados con el pesadísimo equipo de grabación con el que pretende filmar imágenes que denuncien que se utilice a



los elefantes para trabajos de carga en algunas partes de la India. O como la de los miembros de una asociación protectora de animales que en estos tiempos dedica su esfuerzo a dar hogar a los perros que se han quedado sin él porque sus dueños han sido desahuciados de sus viviendas. ¿No es más lógico – más humano también– tratar de ayudar a las familias desahuciadas? Entiendo que consideran que las personas desahuciadas tienen ya sus necesidades cubiertas, porque pensar que entre ayudar al perro o a su dueño prefieren ayudar al perro sería descorazonador.

Este teórico amor desmedido y desnaturalizado por los animales y la naturaleza convive extrañamente en el mundo desarrollado con la más descarnada destrucción del patrimonio natural. Con la sobreexplotación del mar. Con la urbanización desenfrenada de nuestras costas. Con la deforestación y el agotamiento de los recursos naturales. Con la contaminación del aire y del agua. Un proceso destructivo cuyo motor es la codicia y la lógica única del beneficio, íntimamente unida al modo de organización económica que domina el orbe.

Rechacemos la histeria animalista que presenta como iguales a hombres y bestias. Pensemos que si hay alguien interesado en presentarnos como animales quizá sea para poder tratarnos como animales. Pero dispensemos un trato responsable a la naturaleza. Eso es lo humano. Eso es lo natural.

El ecologismo en su vertiente emocional

Juan Ramón Sánchez Carballido
Falange Auténtica

La supervivencia biológica en nuestro planeta depende de los cien kilómetros de capa gaseosa que lo revisten y lo separan del espacio sideral. Esta realidad insoslayable encarna, en cierto sentido, el pecado original de la Ecología: construir relatos a partir de afirmaciones de una naturaleza tan autoevidente que casi parecen de Perogrullo. Con demasiada frecuencia su discurso ha sido tachado de simplista y demagógico, demasiado epidérmico como para ser tenido en cuenta. Sus detractores –por sorprendente que parezca los mantiene en buen número– no ven en él sino una moda pasajera. Una ligereza rayana en la patología del suicidio, porque la Ecología opera con la verdad científica.

Una amplia sección de su literatura reviste la forma del escrito galeato frente a las dudas, incluso a las chanzas, de las que ha sido objeto. A pesar de todo, la sociedad se ha dotado de una fortísima conciencia ecológica. Sorprende, entonces, que los efectos políticos de este cambio de mentalidad se demoren, y que la misma sociedad se muestre apática a la hora de transformar radicalmente la realidad según su nueva perspectiva ecologista. Porque el ecologismo está indefectiblemente signado por el estigma de lo político: las condiciones para la supervivencia en el planeta resultan irreversibles, pero no así nuestro modelo de producción y de explotación de los recursos, que continúa ajeno a las advertencias. Si la energía que consumimos resulta sucia, cara e insostenible no es por falta de alternativas tecnológicas, que despuntan cada día más audaces y prometedoras, sino porque los términos actuales de producción, distribución y comercialización constituyen un astronómico negocio mundial. Son muchos los vectores que se citan para preservar el *statu quo*, pero todos evidencian el enfrentamiento secular subyacente entre el *demos* y la oligarquía, entre el beneficio general y el de unos pocos. Esta pugna también ha esclarecido el bando al que se afilian los pretendidos partidos democráticos, que por tal se tiene el que designó al inefable José Manuel Soria como Ministro de Industria.



Tenemos, pues, una mentalidad ecologista y un poder político vuelto de espaldas a esa realidad. El primer tramo ha consistido en la toma de conciencia personal y la adopción del «ecologismo doméstico» (reciclaje, racionalización del consumo, etc.). Sería, pues, el momento del activismo político y de la presión ciudadana ejercida sobre los partidos para que abracen el interés general frente a los oligárquicos, particularmente en materia energética. No es cuestión de ideología, sino de supervivencia. Aun así, la amenaza de muerte por asfixia, radiación o envenenamiento no ha bastado para hacernos superar nuestra molicie, ni para obligarnos a abandonar el conformismo con un modelo de enriquecimiento que reconocemos depredador y peligroso.

En este contexto cobra sentido la muy reciente propuesta del Papa Francisco, un llamamiento para incluir la dimensión emocional en el relato ecologista. La idea de un ecologismo sensible a lo espiritual no es nueva, en absoluto. Según sus presupuestos, la Naturaleza rebasa el límite del mero soporte vital. La relación que establezcamos con ella no responde a un carácter limitadamente instrumental, mecánico o funcional; implica la totalidad de nuestro modo de habitar el mundo. La Naturaleza interpela al alma como la fuente inmarcesible de cultura, de belleza, de bienestar o de fe que siempre ha sido. Esta dimensión espiritual y afectiva está ausente del discurso ecologista al uso, y es posible que de esa carencia derive parte de su incompletitud para remover la voluntad –política– cuando la conciencia –ecologista– ya ha sido revuelta.

Hermano sol

Cántico de las Criaturas de San Francisco de Asís (Versión de León Felipe que se usa en la liturgia)

Omnipotente, altísimo, bondadoso Señor,
tuyas son la alabanza, la gloria y el honor;
tan sólo tú eres digno de toda bendición,
y nunca es digno el hombre de hacer de ti mención.

Loado seas por toda criatura, mi Señor,
y en especial loado por el hermano sol,
que alumbra, y abre el día, y es bello en su esplendor,
y lleva por los cielos noticia de su autor...

Francisco Díaz de Otazú

Profesor de Geografía e Historia

La reciente encíclica papal *Laudato si*, alabado sea, ha animado un debate general en el que la ciencia se mezcla con la ideología. Y la ciencia por ella contaminada puede ser más dogmática que el Credo. En este caso es el climatismo, como antes fue el evolucionismo, no ya una hipótesis muy probable, si no un axioma que lleva al linchamiento del disidente.

Como declarado profano, no me atrevo más que a aceptar el consenso dominante, defendiendo, aunque como casi todos los conductores sea más bien de boquilla, el uso de los recursos energéticos renovables. Claro que no llega la hipocresía a denunciar por el mundo lo contrario, viajando en avión privado, como Al Gore. Cito el personaje, que no fue presidente de EEUU por un asombroso «efecto mariposa»; bastaron 500 votos en Florida sin duda determinados por la entrega de Eliancito González por Clinton a Cuba.

Y no es una digresión esto de pasar de la energía, que son los poderes naturales, a los gobiernos, que vienen a ser los poderes sociales. Es lo que más me ha llamado la atención de una carta pontificia que básicamente enseña lo que es doctrina natural cristiana; la naturaleza es para el hombre usufructo y herencia vinculada, y no propiedad absoluta consumible. Por supuesto. Hay algo más. Ya en anterior Santo Padre, en algún texto de enseñanza moral, dejaba caer la conveniencia de una autoridad mundial. Pero en el que nos ocupa ha crecido la precisión de esa demanda. Y no sé yo si será ingenuidad o agionamiento. En pasados siglos, la suprema autoridad mundial era el Papa para determinadas cosas. Y lo mismo ponía una raya y condiciones evangélicas para repartir las Indias entre Castilla y Portugal, que excomulgaba al más pintado, así fuese emperador. Pero es que ahora, el poder lo tienen otros. Se reúnen más bien en el Bilderberg que en la Capilla Sixtina. Y sus planes, demográficos, económicos, políticos, etc. no son, me temo, los mismos. Si lo fueran, peor todavía.



En España, siempre al borde del esperpento, parece que los intereses de algún entramado empresarial y político habrían anticipado, aunque sea a título casi anecdótico, esta caricatura de gobierno de los hombres sobre lo que es «gobierno de Dios». Me refiero al «impuesto al Sol», la fiscalización y multa a las placas solares¹.

¹ <http://www.lavozdegalicia.es/noticia/economia/2015/06/19/eeuu-ridiculiza-espana-multar-autoconsumo-electrico-residuos-radioactivos/00031434734571521787801.htm>

Al parecer, en los proyectos parlamentarios, la multa máxima con esto de las placas para el autoconsumo, podrían llegar al doble de la cantidad por una fuga nuclear. La filtración ha provocado el choteo mundial.

Un particular con un kit solar de 250 vatios, si no registra la instalación de su hogar, sería un «delincuente solar» y se arriesgaría a pagar con un máximo 6 y 60 millones de euros. Hay que leer los arts. 62 al 65 de ese proyecto para quedarse con cara de tonto. Una cabaña, pongamos, de pastor, adaptada para uso montañero de fin de semana, pasa a ser algo pirata, pues sus paneles podría robar sol sin permiso de la autoridad energética. Que se me parece más competente Ra, que el Ministerio o la Consejería de Industria. ¿Quién se va a atrever a desarrollar su propia planta solar en casa? «Va a ser tan cara y muy alto el riesgo de recibir una multa alta por cualquier incumplimiento administrativo que es mejor seguir pagando el recibo bimensual a la compañía eléctrica», alerta una fuente del sector renovable.

Los inspectores del departamento de Industria españoles serían algo así los primeros agentes del gobierno, no ya mundial, si no supraplanetario. Quizá al sector eléctrico, y al consumo de carbón de las centrales, que está muy achuchado, les venga bien. Quizá tenga algún sentido de seguridad, que como profano se me escapa. Pero como símbolo, es toda una victoria. La del Gran Hermano, sobre el Hermano Sol.

Osadía

Emilio Álvarez Frías

Palabra, creo que es una osadía por mi parte pretender hablar del cambio climático. Porque no sé nada de cambio climático, nada. Como la gran mayoría de los que hablan del tema. Oigo cosas. Escucho a veces interesado, en otras ocasiones incrédulo. Noto que unos tiran para un lado, otros para el contrario, lo que no invita a tomar muy en serio el tema.

Ahora el Papa Francisco nos da un tirón de orejas recordándonos palabras de Benedicto XVI: es preciso, dice éste, «eliminar las causas estructurales de las disfunciones de la economía mundial y corregir los modelos de crecimiento que parecen incapaces de garantizar el respeto del medio ambiente». Palabras que probablemente tengamos casi todos en la mente, pero sobre las que no hacemos ningún intento de convertir en realidad.

Con su *Laudato si* el Papa Francisco toma el toro por los cuernos y nos despierta diciéndonos que nada de este mundo nos debe ser indiferente, y, para espabilarnos, nos presenta un panorama que conocemos sobradamente, pero al que, a fuerza de verlo, nos hemos acostumbrado como a la pobreza y mendicidad que vemos en las calles, sin que le prestemos demasiada atención. Y, en su empeño, nos invita a limpiar nuestra casa asegurándonos que no la cuidamos en exceso; y a que no metamos la basura bajo la alfombra cuando barremos; y a que nos animemos a limpiar de churretes los cristales de las ventanas para que podamos ver la naturaleza en toda su hermosura; y a mirar a nuestro alrededor para que nos percatemos de qué hemos de hacer a fin de no deteriorarlo; y a aprovechar los avances de la técnica en su justa medida; y a no tirar a la calle los desperdicios que ya no nos resultan útiles; etc.

Aunque no sé nada de medio ambiente, y me confunden los que hablan en uno y otro sentido, voy a ser un tanto atrevido hablando al respecto, por más que fácilmente me puedo ir por los cerros de Úbeda, que dice el refrán. No obstante, pienso que probablemente no diré tantas simplezas como la mayoría de las gentes que se han incorporado a los Ayuntamientos de España en las últimas elecciones; estoy convencido seré más mesurado. Al menos uno ya está un poco rodado y el tiempo, cuando se aprovecha, da un cierto barniz; cosa que aparentemente no sucede con la harka de españolitos que se han encaramado a los puestos más destacados de los municipios, con una osadía digna de encomio, pues se aprecia en ellos una mínima formación para ocupar los cargos que ostentan, contando con experiencia cero, hallándose bajo mínimos en buenas intenciones de aportar ideas para mejorar la vida de los

ciudadanos, y con tendencia a implantar, «porque sí» –que es una contundente razón democrática–, sin tenerlas masticadas y menos deglutidas, las ideas básicas escuchadas en un mitin o una reunión asamblearia en cualquier plaza pública.

Al menos mi currículum de las cosas que he hecho a lo largo de la vida es bastante completito, aprendido todo ello con tesón y el mejor de los deseos de ser útil a mis semejantes. No como esos chicos y chicas que pasan del twitter a dirigir una concejalía de cultura; o de profanar capillas por el método de enseñar públicamente las teresas ensuciadas con rótulos cuasi obscenos durante una eucaristía, a convertirse de la noche a la mañana en portavoz del ayuntamiento de la capital del país; o brincar de activista social y «okupa» reincidente a empujarse a una de las más importantes alcaldías de España para tomar, enseguida, importantes decisiones que la estaban esperando, como quitar el busto del rey emérito del salón de sesiones, la fotografía del rey reinante al día siguiente, apelando, para justificar su actuación, a «sus profundas convicciones republicanas», en lo que contó con el apoyo de un indeseable que dijo sumarse a tal espurio acto de quitar del salón de sesiones la imagen «del viejo jefe de los torturadores». ¡Cretino!

Digo que, comparando con las palabras y acciones de estos conspicuos majaderos, malvados en dosis elevada, hasta de este escrito puede salir alguna buena idea sobre ecologismo, como en otras oportunidades han surgido, sobre otros temas, de la pluma de muy variadas personas que han puesto sus pensamientos sobre papel en relación con la vida del país que con no poco esfuerzo y sacrificio, sin pedir nada a cambio, hemos ayudado a construir hasta el momento en el que aparecieron los «progres», estos chicos que apuntan por ideas rancias, postulados perdidos en la historia a fuer de haber quedado demostrada su perversión y negatividad en cuando al servicio a los individuos a los que iban dirigidos para mejorar su trayectoria vital, con formas de gobierno desacreditadas, además de utilizar para sus manejos las más claras y evidentes formulaciones totalitarias y dictatoriales, tal como ha hecho la brillante portavoz del ayuntamiento madrileño con la imposición de la «página de la verdad» para poner de manifiesto que miente todo aquel que no piensa como ella/ellos, y desacreditar a los atrevidos.

Me parece que estoy divagando en exceso dejando de lado el tema del medio ambiente, la ecología, la naturaleza, etc. Aunque creo que no, ya que lo que antecede era como la pretensión primera de comentar, para situar a cada quien en su sitio, sobre los individuos que pululan por las tierras de España –como también lo hacen los que se mueven por otros pagos–, y se desmelenan en exceso al respecto aunque sepan poco de lo que hablan, con un atrevimiento increíble en sus juicios, razón por la que dirán tonterías como puños. Por ello, llegados aquí, se me ocurre preguntar, con la mayor de las inocencias, si alguien está



totalmente seguro de cuál es el comportamiento del cosmos, el influjo que éste ejerce sobre el planeta Tierra, qué es lo que hacemos mal los humanos, la influencia que tiene en CO₂ en el efecto invernadero, el calentamiento global, el tema de la fotosíntesis, el ph, el hidrógeno de carbono, los aires acondicionados, la quema de bosques, el consumo excesivo de agua, las radiaciones de todo tipo, la contaminación, la basura que producimos, etc. Estoy convencido de que de todo esto se sabe bastante, incluso mucho, pero no todo. Mas creo que no hay que exagerar, tirar los pies por alto, demonizar inconsciente y tendenciosamente todos esos elementos considerados perjudiciales, nocivos, pues, de una u otra forma, su aprovechamiento es útil para la humanidad y los hombres vivimos más y mejor gracias a ellos. Habrá que actuar con conocimiento y mesura, eso sí, pero sin prohibir de la mañana a la noche el funcionamiento de determinadas industrias, sin asegurar a ciegas que esto o aquello tienen la culpa del deshielo de los polos, sin obligarnos a quedarnos en casa porque no podemos utilizar el coche, etc.

Pero a los rigurosos ecologistas, a los defensores de minúsculas plantitas residuo de la flora de otros

tiempos, a quienes se pieren por la defensa del gatito (aunque luego se coman un sabroso conejo al ajillo), a los que no se ponen una prenda de piel porque para ello alguien ha tenido que sacrificar un animal (por más que frecuentemente se metan entre pecho y espalda un chuletón de buey), a los que anatemizan sobre las corridas de toros (y cuando van a Córdoba degustan el magnífico rabo de toro que preparan junto a la mezquita), etc., les pido que soliciten las estadísticas de los abortos que se producen en España, o en cualquier parte del mundo, y actúen en consecuencia. ¡Hipócritas! ¡Falsarios! ¡Majaderos! ¡Cretinos! Por qué no intentan salvar niños no nacidos, ¿no es eso defender la acción de la naturaleza? Los seres humanos, y por ende las vidas nuevas, ¿no son parte de la especie homo superior, que está por encima de la especie animal? Entonces, ¿por qué las Naciones Unidas, todos los foros internacionales, multitud de países, fomentan el aborto? Que me lo aclaren y entonces todos a trabajar unidos por la defensa del medio ambiente en todas sus formas y manifestaciones. Menos llorar por una ballena descarriada que ha embarrancado en una playa (sin que quiera decir que hay que defender esa especie), menos dictar leyes para la defensa y protección de «nuestros familiares no humanos más próximos: chimpancés, chimpancés pigmeos, gorilas y orangutanes» (por más que cuidemos debidamente a esta variedad de «nuestros familiares más cercanos»), menos impedir que se demore casi indefinidamente la construcción de una carretera necesaria porque por su trazado se hayan encontrado cagaditas de algún animalillo en vías de extinción,... y más valorar a nuestros auténticos semejantes, a nuestros hijos, frente a los que, con gran desparpajo, absoluta impunidad, insólito desamor y monstruoso desapego que llega al asesinato, condenemos a un niño, toda vida emergente, a ser tirado a la basura.

Pienso que han de hablar los que saben y entre ellos traten de ponerse de acuerdo sobre tema tan importante, cosa que hasta ahora no han conseguido a pesar de lo seriamente que lo toman los estudiosos respetables. He ahí un trabajo importante para los más de 100 delegados de todo el mundo que asistirán a la «Conferencia París 2015», y harán uso, al menos para empezar, del borrador preparado por la ONU en el que se alerta del «impacto irreversible» del cambio climático. ¿Entrará el asesinato de niños no nacidos en el citado borrador? Si se pusieran de acuerdo en cuanto a qué sucede con el cambio climático y la defensa de la naturaleza en su conjunto, habría que echar al vertedero a tipos como el tal «Al» Gore, que tanta tabarra ha dado al respecto, obteniendo con ello sustanciosos ingresos, sin saber lo que dice, además de regalarle un Nobel de la Paz por su activismo sobre tan manoseado tema.

Y entonces, una vez armonizados sus diferentes puntos de vista, nos expliquen claramente, antes de quitarnos el aire acondicionado y el coche, qué sucedió cuando las plagas de Egipto, y que fue aquello otro de la glaciación de la tierra y posterior deshielo, y por qué un año llueve mucho y al siguiente hay sequía, o por qué hace más calor este año que el pasado, y por qué nos auguran que nos vamos a quedar sin agua y el sol se va a cansar de enviarnos sus rayos, y etc. Porque con todo esto nos tienen muy intranquilos y en un constante sin vivir.

Ya lo hemos dicho antes, los avances de la humanidad han sido espectaculares, los científicos saben mucho de muchas cosas, pero no lo saben todo. Y los agoreros, los falsos profetas, no hace falta que vengan a amargarnos la vida. Educarnos, eso sí, y de ello no hemos hablado nada en estas líneas. Sobre educación deberían hablarnos a porrillo; pero de la de verdad, no de la innecesaria.

Encíclica *Laudato si*

Puedes leer *la Laudato si* en su integridad puedes hacerlo abriendo el adjunto

